

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO
Homilía del P. Emili Solano, monje de Montserrat
15 de octubre de 2017
Mt 22, 1-14

No sé si alguna vez se ha dado el caso de que los novios hayan preparado su boda, banquete incluido, y, al final, por diversos motivos, todos los invitados hayan fallado. ¡El disgusto habría sido muy gordo! Algo parecido le pasó al rey protagonista de la parábola del Evangelio de hoy: preparó con mucho cuidado y generosidad la boda de su hijo, pero los invitados no quisieron ir. Tenían una agenda demasiado apretada como para hacer un agujero para asistir a este compromiso social: unos se fueron a su campo, otros a sus negocios y otros, encima, se dedicaron a apalear y matar a los criados, para que dejaran de invitar a aquella boda incómoda. Es decir, ¡los invitados iban a lo suyo, a sus cosas, a sus asuntos! Demasiado ocupados como para asistir a la boda del hijo del rey, que es Jesucristo.

El Rey que invita a los hombres a la boda de su Hijo es Dios mismo. Jesús aparece como el Esposo que va a casarse con la humanidad y todo hombre es invitado a este festín nupcial, a esta intimidad gozosa con el esposo. De este modo, el evangelio nos habla del cielo. Ciertamente que el Cielo es un misterio, pero algo sabemos y merece nuestro aprecio. Es regalo de Dios, es felicidad individual compartida, es existencia eterna.

La parábola muestra el drama de los que rechazan la invitación. "La boda está preparada, pero los convidados no se la merecían. Id ahora a los cruces de los caminos, y a todos los que encontréis, convidadlos a la boda".

Nosotros, que somos tan sensibles a las relaciones sociales humanas, ¿nos damos cuenta de verdad de lo que significa rechazar las invitaciones de Dios? El hecho de que a Dios no lo vemos con los ojos o que Él no «proteste» cuando le decimos "no", no significa que el rechazo de sus invitaciones no sea un desprecio vergonzoso. El pecado, la ignorancia o el olvido de Dios, le ofenden, sin perjudicarlo en nada.

Despreciar la salvación es una posibilidad real que, a menudo, olvidamos. Que Dios quiera que todos los hombres se salven no quiere decir que todos los hombres quieran, positivamente, ser salvados. En el texto del Evangelio se nos muestra una serie de disculpas: cuidar de los negocios, atender las tierras o, lo más terrible, responder asesinando a los mensajeros. Aunque no todas las actuaciones revisten la misma gravedad, todas tienen una única consecuencia: quedar fuera del banquete.

Por otra parte, ponerse en camino hacia el banquete tiene consecuencias en nuestra vida. De hecho, la cambia totalmente. Al igual que nos preparamos para ir a la boda de un familiar o de un amigo, lo tenemos que hacer para asistir a las Bodas del Cordero. Y aquí, la experiencia nos muestra también que es Dios quien lo va disponiendo todo. Así lo indica el salmo responsorial de hoy. Jesús es el buen pastor que nos va guiando por el camino de la vida hacia el lugar donde se celebra la gran fiesta. Para eso ha venido al mundo, para ser nuestro camino. Y en este caminar nos va preparando para que seamos dignos invitados.

Dios Padre no quiere que nadie falte a la gran fiesta de bodas que es el cielo. Su invitación nos llega constantemente a través de la Iglesia y la Virgen María. Hagamos caso.